

La Máscara.

Diógenes Morillo

04-05-17

La paz, que arrebatada rápidamente el aplauso fácil, se usa vilmente como un producto. Si miramos bien podríamos identificar la etiqueta y ver dónde es hecha. Paradójicamente quienes más hablan de paz, son quienes más incursiones de guerra hacen en el mundo. Llegamos al punto de la guerra, que por ser algo impopular y lingüísticamente poco agradable a los oídos, es un tema prohibido y hasta indigno de cualquier análisis. Bien dijo Nietzsche «A veces la gente no quiere escuchar la verdad porque no quiere que sus ilusiones se vean destruidas». Quienes limitan la guerra como tesis, desconocen la importancia de la misma y la naturaleza humana. Podríamos decir entonces que se desconocen ellos mismos. Nuestra invitación es a la remoción de esa máscara.

A través de la experiencia política del hombre en toda su historia, se han generado aproximadamente ocho mil tratados de paz. Todos tienen algo en común: su pronta extinción. Si la paz fuese tan efectiva, entonces ¿por qué han sido necesarios tantos tratados? La respuesta parece ser algo sencilla. La humanidad, así como todas sus conveniencias y necesidades, es cambiante en el tiempo. En el 2017 no buscamos ni queremos las mismas cosas como colectivo que en 1917. Por esto ha sido imperativo ir siempre en la búsqueda de nuevas maneras que nos mantengan en tranquilidad, mas nunca en paz.

Quienes solamente hablan de la paz, lo hacen como si aquello fuese un producto el cual puedes ir a adquirirlo en la tienda de la esquina. No obstante, también se plantea como algo que puedes simplemente extender tu mano para, sonrientemente tomarlo, verlo con gran admiración, y posteriormente salir caminando de aquella tienda. Esto descrito anteriormente podría calar sumamente bien si estuviésemos en la creativa intención de escribir ciencia ficción, pero como no es el objetivo tenemos que decir que la paz es el producto más caro de la historia; y lo seguirá siendo.

Uno de los exponentes más importantes de la polemología, Gastón Bouthoul, bien lo plantea en su obra *Tratado de Polemología* publicado en Payot, Francia, para el año 1991. «Si quieres la paz, prepara la guerra, dicen y hacen los políticos. Si quieres la paz, pronuncia buenos discursos, dice el pacifismo retórico (...), pero

nadie admite que tantos fracasos demuestran que el problema ha sido mal planteado, ni dice: *Si quieres la paz, conoce la guerra*». Esto nos hace, de alguna manera, volver a los primeros párrafos de esta intervención. No hemos sido, al parecer, responsables en abordar la guerra por ser impopular para los políticos, ciertamente no atrae demasiados votos o complacencias. Los pacifistas retóricos tienen un problema reduccionista al momento de desconsiderar los factores de la guerra. Inclusive pecan de atropellar la dualidad del mundo: el sol y la luna, el fuego y el agua, la paz y la guerra.

Para seguir adentrándonos en el tema a través de una óptica filosófica vamos a citar, nuevamente, a Nietzsche que dijo, en su libro *Más allá del bien y el mal* lo siguiente: «La vida misma es esencialmente apropiación, ofensa, avasallamiento de lo que es extraño y más débil, opresión, dureza, imposición de formas propias, anexión, y en el caso más suave, explotación». A su vez Nietzsche interpreta estos elementos como expresión de «la auténtica voluntad de poder, la cual es cabalmente la voluntad propia de la vida». En este momento podemos darnos cuenta que de no existir esto no tendríamos estructuras sociales tan verticales. ¿Acaso todos los conflictos bélicos de la historia de la humanidad no tienen algo de imposición de unos sobre otros?

«Las peores destrucciones terminan engendrando nuevas formas de civilización». Dijo Gastón Bouthoul en su obra *El infanticidio diferido*. Esta afirmación carga bastimento de verdad, ya que, si damos una mirada rasante y objetiva a todos los procesos de cambio en la historia de la humanidad, podemos darnos cuenta que todos los cambios elementales, de fondo, en nuestro proceso histórico como especie, están bañados de sangre. Ahora cabe preguntar si estos han sido para bien o para mal. Creo que solamente hace falta darle una mirada a los países que estuvieron involucrados en las peores guerras, al menos las más recientes colocando como punto inicial la iberoamericana al ser referencia del inicio del siglo XIX, para ver y darnos cuenta que son, en su gran mayoría, grandes potencias mundiales. Entonces, parece ser que sí, las peores destrucciones terminan por crear nuevas formas de civilización, y hasta más evolucionadas y avanzadas.

Aprovechando el terreno de las nuevas formas que llegan y nacen en nuestro planeta producto de la guerra, también tenemos a la literatura. La obra de Dalton Trumbo, *Johnnie took his rifle*, podríamos decir primero que no hubiese existido si el conflicto armado de la primera guerra mundial no se hubiese desarrollado. Analizando ahora el contenido de la obra, y afianzándonos en lo antes expuesto por Bouthoul sobre las nuevas formas, podemos decir que *Johnnie* ciertamente alcanzó, tras una «peor destrucción», una nueva forma de percibir y de situarse en el mundo.

Como un gran estudioso de la doctrina cínica, que tiene como máximo representante a Diógenes de Sinope situado en la antigua Grecia, debo decir que este es un caso donde los cínicos se hacen relucir. Inclusive me atrevo a decir que la situación de *Johnnie* es un escenario final ideal de la doctrina cínica. Este hombre que solamente tiene su mente y piel, no puede oler, escuchar, palpar ni saborear, se replantea la vida, por un estado de necesidad, a un nivel sumamente superior. Las cosas que damos por sentado quienes tenemos plena disposición de nuestros sentidos, para *Johnnie* eran un regalo, una motivación de vida. En este sentido podemos darnos cuenta como la desaparición de ciertos elementos que no le permiten a este hombre distraerse en lo más mínimo, lo llevan a elevarse y hasta convertirse, a ojos del lector, en el símbolo más próximo de filosofías y doctrinas como la budista, por ejemplo.

Cuando seguimos paseando a través del contenido de esta obra literaria, nos podemos atrever a incluir la siguiente pregunta: ¿Está *Johnnie*, de cierta manera, exagerando? Para contestar esta interrogante es menester utilizar a un gran literato y precursor del existencialismo, José Ortega y Gasset. «Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo». Esta frase fue escrita en su primer libro, *Meditaciones del Quijote*, publicado en 1914. Tomando como referencia la afirmación antes entre comillada, podemos decir que *Johnnie* simplemente está empleando los mecanismos necesarios para salvar su circunstancia. Tan acertados son los métodos empleados por él que logra determinar de una manera grandiosa, combinando lo racional con lo sensitivo en justa y elevada medida, la medición del tiempo. Más tarde logra, como método para salvar su circunstancia, y consecuentemente salvarse él, perseverar en la idea de comunicarse a través de clave morse. Todos los intentos por mantener la vida desde el último mencionado, hasta recordar a su antiguo amor, y hasta a sus padres, son mecanismos para salvarse. Como habíamos dicho hace algunos párrafos, *Johnnie* sufrió «la peor destrucción», esa que le llevo a generar una nueva forma, su forma. Ahora, en este proceso podemos darnos cuenta como el dolor del remedio ante la forma de vida contemporáneamente distraída, donde mientras estamos despiertos nos dormimos y mientras dormimos estamos despiertos, no es lo mismo que la anestesia.

Extiendo el manto hasta la poesía de Miguel Hernández, quien participó en la guerra civil española por defender sus ideales. Miguel hizo la política, para que no la hicieran en contra de él, y hasta a la unión soviética fue a parar. Para sorpresa de algunos el tema de los ideales no es como lo vende la cultura de aquella forma tan épica e idílica. Vamos a hacer referencia al poeta Antonio Machado en paráfrasis de epicuro: «La muerte es algo que no debemos temer porque, mientras somos, la muerte no es y cuando la es muerte es, no somos». Acobijando este pensamiento

podemos darnos cuenta que los ideales sin vida, no son. Hay una estrecha e indisoluble relación entre la vida y los ideales. Por tanto, no es que la vida valga más que los ideales y viceversa, sino que tienen igual de valor. Tan cercana es su relación de necesidad el uno con el otro. Simplemente no se puede desechar y reinventar el principio de no contradicción.

Bajo esta misma doctrina queremos colocar bajo la lupa a Arturo Barea, Jaroslav Hašek, Guillaume Apollinaire, Céline, Zweig, Ernst Jünger, Hemingway, entre otros. Todos fueron testigos en primera línea de uno de esos reordenamientos sociales que dio fruto a una nueva manera de civilización. No les contaron los acontecimientos, fueron ellos quienes contaron una contienda a la que el tiempo ha desprovisto de testigos. Es ahora cuando su literatura, de vivir y escribir en las trincheras, cobra más importancia. ¿Qué hubiese sido de estos personajes sin la guerra? Ellos pasaron a la historia por haber sido parte de ella y haber inmortalizado sus noches de luna llena acongojados en la trinchera sintiendo más que nunca lo que significa estar vivo. Mucho más que eso, fueron actores principales de lo que un cambio de fondo en la humanidad significa.

La sobrepoblación a la que estamos destinados nos aseguran el corriente desarrollo de próximas guerras. El Polemiólogo Gastón Bouthul asegura en su texto, *La Sobrepoblación*, que en las *poleis* griegas, las *tribus* judías de la Palestina bíblica o las trece colonias americanas, se habían decantado algunos de los frutos más selectos de la humanidad: desde la Filosofía a los Derechos del hombre y la democracia moderna, pasando por el Decálogo. Los estados muy populosos están en el otro polo. Pues la sobrepoblación «exaspera y envilece al hombre», condenándole a una «pululación sin gloria». Wilhelm Röpke denunció el colosalismo social, Bouthoul «el complejo de amontonamiento». Esto no nos hace pensar que las guerras vayan a desaparecer para el año 2050 que se espera la población llegue diez mil millones de personas.

La guerra es un elemento con el que convivimos día a día los seres humanos. Desde los primeros registros de nuestra especie en la tierra vivimos en guerra. Está en nuestra biología. Actualmente vivimos con males que radican en la negación del ser. La política y la cultura modista nos ha hecho ser miedosos, por automatismos lingüísticos, a negar nuestra naturaleza impositiva y violenta. Mientras más la neguemos, seguiremos posados en el mismo escalón negándonos un desarrollo en esta área. Quien tiene la certeza de la peligrosidad del hombre concreto, que no de su maldad intrínseca, no es un enemigo de la humanidad, sino, por el contrario, un realista político que no necesita de *La Máscara*.